

Esmeralda Torres

CUERPO QUEBRADO LUMBRE



PREMIO
casa de las américas
2025



ESMERALDA TORRES

(CIUDAD BOLÍVAR, 1967). POETA Y NARRADORA

Su obra ha obtenido importantes reconocimientos, entre los cuales destacan el Premio Literario Casa de las Américas 2025 mención poesía por *Cuerpo quebrado lumbre* y el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Mérida, México, 2023 por *Mudar la casa*.

En Venezuela, ha sido galardonada con el Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca (2021), el Premio Nacional Solar (2022); y las Bienales Nacionales de Literatura Eduardo Sifontes (2004), Ramón Palomares (2011), Gustavo Pereira (2011), Julián Padrón (2012) y Orlando Araujo (2018). Entre sus títulos mencionaremos *Callejones sin salida* (2019); *El libro de los tratados* (2022); y la antología *Canción de la piedra* (2025).

Cuerpo quebrado lumbre

Premio Casa de las Américas 2025

Poesía

Cuerpo quebrado lumbre

Esmeralda Torres



casa

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana y
Fondo Editorial Casa de las Américas, 2026

Cuerpo quebrado lumbre
© Esmeralda Torres

CORRECCIÓN
Olga Molina C.

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Odalis C. Vargas B.

DISEÑO DE PORTADA
Alejo

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.0444 y 482.8989

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal: DC2026000801
ISBN: 978-980-01-2644-8

Para el pueblo palestino

A nadie el grillo alivia cuando canta,
y de la piedra seca no brota más el rumor del agua.

Solo sombras hay en esta roca roja,
(entra en la oscuridad de esta roca roja),
y te mostraré algo bien distinto de tu sombra.

En la mañana a zancadas persiguiéndote
y de tu sombra que a la tarde vuela hasta encontrarte;
te mostraré el miedo en un puñado de polvo.

La tierra baldía

T. S. ELIOT

Cuerpo

Te llamaré Olivo, dijo el tigre.
Así podrás ver todos los veranos.
Endurecer tu corteza, resistir al granizo.
Ser casa de hormigas viajeras, las mejores.
Tendrás en tus ramas sed de cielo.
En tu tronco acogerás la impaciencia
de quien siempre espera por un hijo.
Serás la vida que se queda.

Hay un deseo sigiloso sobre esta tierra dura.
Hay escamas esparcidas como un manto.
Alzan crestas hacia el sol que las curte.
Las fisuras minan el gesto doliente. Es piel.
En lo más profundo, por piedad de ti, lo callado se disipa.

Los pies sangran. Las manos tienen líneas diminutas.
Todas bermejas, sutiles, fluyen. La espalda al filo duele.
Cada una de estas partes no se pertenecen.
En jadeos ocultan su parentesco. Truenan las rodillas.
Las hebras caen, las pestañas, las uñas se rebanan.
Cada una forma parte de otra sed.

Barquera tropieza con un olvido áspero.
Apenas la posee comienza a escurrir.
Algo se mueve dentro del olvido.
Como si el pico de un cuco quebrara una cáscara.
Como si al luchar brotara lo que estuvo muerto.
Cada día Barquera imagina un silencio.
Como puede, se amarra a la nada de su sombra.

Una lumbre de bestia orilla en lo seco.
Dentro se empiedra una cicatriz gruesa.
En filo su garganta gotea. Es de navaja.
Entrecortada la voz escurre hacia el suelo.
Un olor a celada se cuela de las piedras.

Suplica muerte como quien pide agua.
El ojo cuelga más abajo que la oreja.
Un vientre se infla en ronquido, tumefacto.
Un cielo imposible responde con desgano.
Llueven salivazos de ceniza.
En la noche transparente el pájaro en hueso cruje.
Basta llegar al fondo, desea.
Un perfume, una náusea.

Un nido de trapos tristes y de cáscaras secas.
Empolla la pájara tuerta. Respira de a poco.
La oscurana en cada bestia y su deseo en árbol seco.
En lo que queda de un ala que no volará se recuesta.
Desprende una pluma como un olvido que sobra.

Barquera oscurece lenta frente a la piedra.
Se hunde en el recuerdo del viaje.
Polvea ají forote sobre las larvas de su herida.
Mientras se revuelca en el picor, mira.
Ha regresado del dolor, pero no ha vencido.

No hay tiempo para fundar en otra parte.
Bebió del lugar y de su paisaje quieto.
Al partir nadie se lleva un río.
Los árboles no serán su equipaje.
Tal vez un pájaro o un remedo del graznido.
Tras la oreja un recuerdo para los días de frío.
La frescura del agua será un deseo infinito.

Barquera hunde la cabeza en el remolino.
De un bocado traga los peces que giran.
El agua tiñe de rojo y no hay quien vea.
Una pregunta inútil se abre primitiva.
¿Cómo vencer un destino suturado a la espalda?
No se deja al descuido un regalo precioso.

El trazo recompone las heridas, sella, cauteriza.
Rehace los caudales, rellena dunas, enciende claridad.
Injerta deseos. Borra el repudio, libera la asfixia.
La escritura restaura los cuerpos desmembrados.

Hay un campo acostado al pie de este viaducto.
Sombras de cuerpos audaces, sin ternura.
Una palabra final se detuvo en las bocas marmóreas.
El miedo se comprime en los vientres.
El terreno se ha minado de seres indefensos.
Nadie se conduce de una luciérnaga yerta.

Hay rascacielos que vuelan en desbandada.
Hombres guerreros saltan desde sus balcones.
Han llegado a morir y no lo saben.
Sucumbir es ya una vieja costumbre de los días.
La vida les regala apenas un misterio antes de caer.

En el siglo donde todo lo imaginado sería posible
un canto se interrumpe en las bocas.
No hay donde plantar una casa, unas cebollas.
Se reúnen manos en los océanos profundos.
Se apilan sonajas, cuerpos, gritos.
Lo último por asir será un sol impasible.

Algo avanza denso y constante. Se presiente.
Los pájaros chillan y se dispersan.
Nada los ataca, por lo menos no se ve.
Hay que hablar bien de los muertos.
Pedir con devoción que nos mantengan un tiempo más.
La crueldad es lo que se pierde al infinito.
Los recuerdos alegres provocan mayor tristeza.
Por más alto que subamos nunca estaremos a salvo.

La noche cuando es más noche se está quieta.
Por eso la dureza de su infierno.

Sabe que nada ha de salvarla porque imposible
la palabra hace giros y se aleja. Porque el otoño
ha desplegado los rojos que enneguecen. Nada más.

Sabe que nada ha de salvarla porque han atado
con plomo sus tobillos para el viaje. A la deriva
se deja ir, aunque sus pies sigan atados a la tierra.

Sabe que nada ha de salvarla porque sin merecerlo
la han condenado al sueño de los mutilados.
Pensar que camina cuando apenas se arrastra.

Sabe que nada ha de salvarla porque callaba
y así la han convertido en sabia del silencio.
Cuando se va adelante hay que aprender a ir sola.

Lucha por estar lejos de su sombra.
Se empeña por escapar de la brisa que alivia el jadeo.
Nada más terrible que la deuda inmerecida
de seguir en un sitio que no calza.
En vez de perdón pide un metro de llanto.

Atravesar un túnel de soberbias y derrotas.
Doblarse a recoger cascajos dejados como guía.
Los tiempos espinosos, la falta de abrazos.

Tras el cristal de una ventana quebrada nadie asoma.
Es la soledad y su impertérrita presencia
concibe luces imaginadas sin hallazgo.

Siempre habrá ojos que miren desde el abismo,
desde la profundidad del dedo que incrimina
las estatuas de mármol, su ruina acusatoria.

De nada vale correr a contravía brazo en alto.
No hay quien detenga el desafío entre la niebla.
La noche poderosa cumple el resto.

Los cuerpos caen con vertiginoso apremio.
Se arrojan desde cielos sucios y mezquinos.
Una calle es un perfecto lugar para la muerte.

Hay días animales, días lluvia. Hay días silencio.
Días garganta, días rodilla, días corazón presuroso.

Hay días grito, días lágrima. Hay días desesperado canto.
Días sombra, días pájaros, días muerte, días jaula.

Hay días invierno, días blanco, días frío, días vacío.
Días mentira, días cuerpo inocente, días herida perpetua.

Hay días piedra, días noche infinita, días sal, días asombro.
Días odio, días ira, días venganza, días cuchillo filoso.

Hay días ceibo cortado, días pájaro muerto, días incendio.
Días carroña, días pezuña, días chamiza, días arroyo seco.

Pero los peores son los días temblor, los días muerte.
Los días polvo, los días nunca, los días cuerpo caído.

No hay cuerpo sin herida la palabra.
Esta sangre que se agolpa sin remedio la palabra.
Corazón sístole y diástole la palabra.
La culpa es cada vez más culpa la palabra.
La congoja en cuotas infinitas la palabra.
El temblor, la mano, el alarido la palabra.
La violencia desatada sin retorno la palabra.

El cuerpo y el reproche en los espejos la palabra.
La ceniza en los ojos de cemento la palabra.
La boca vendada con mordaza la palabra.
El animal muerto, el campo infecundo la palabra.
El arroyo borrado, el ciclón donde no lo hubo la palabra.

Fallido decir que no se espera nada de la tierra la palabra.
Porque siendo la vida es la vida la palabra.
Pero acaso abandonar a la indolencia la palabra.
Obliga a pagar perpetuamente condena la palabra.
Días con sus noches hasta el fin la palabra.
No hay perdón para la ausencia la palabra.

Quebrado

Salir del encierro del mar, de su borrasca a tientas.
Los arañazos que deja en cada embate calcáreo.
Agua herida, viscosa, este mar recomienza en cada ola.
En cada cuerpo inerme que regresa del fondo
hay una historia que siempre el mar se guarda.

Cuerpos quebrados expuestos a la luna
almacenan el resplandor de las bahías.
Volverán despacio a habitar los sueños,
a trazar los planos que ya nadie examina
en los cuadernos gastados de la pena.

Los hermanos vinieron por la noche.
Frente a la puerta delataron sus pisadas.
Uno de ellos arrastraba un animal desfallecido.
Se supo por el rastro de una garra pequeña.
Y porque el canto del pájaro en el alba fue más dulce.

Hay días tan oscuros, tan infierno,
que ya nadie pregunta por nosotros.
Son los meses más duros de la espera.
Se está solo y se piensa mucho en uno mismo.

Barquera intenta coleccionar postales, la desidia.
Tiembla de pudor ante la sangre, la herida abierta.
El hueso troceado, las vísceras expuestas, la guerra.
Una visión dura un segundo. La vida sigue.
El horror no es más que un estallido en las pantallas.

Barquera se levanta a mirar los árboles de junio.
Nunca más volvió a verlos ilusionados y ataviados.
Sus ramas parecían frondas de nubes verdes.
Nada vivo resiste tanto engrandecimiento.

Por la tarde todo ímpetu se ha apagado.
Se ha extinguido el ánimo refulgente.
Las mentiras se posicionan a cada lado de la calle,
se fortalecen con casacas infamantes.

Solo más tarde asocia su ceguera al crepúsculo.

Los cuerpos asoleados no se conmueven.
Ojos abiertos al cielo sin rogar nada que el tiempo permita.
Irremediables posan para que los dioses no respiren.
No hubo pan, no hubo abrazo, ni retratos, ni cantos.
Sucumbir al borde de la esperanza como quien se abandona.
Hay una caída ocurriendo inexorable en todas las distancias.
Cada uno guardaba como *piercing* una moneda bajo la lengua.

El filo de la hoja relumbra antes de herir.
A borbotones la vida mana y se despide.
Se escurre por una hendidia pequeña, una línea.
Abandona en carrera el cuerpo arruinado.
No hay combate de lo vivo ante la muerte.

Cuerpos doblados hasta el miedo.
Sus cabezas orientadas a la inversa.
Las manos gesticulan en violentas convulsiones.
Son los adoradores del sueño, los leales penitentes.
Pequeños demonios, relámpagos de muerte.

Mas no habrá aquí ningún acto de justicia.
Se sabe desde antes que ya todo está perdido.
Son las almas extraviadas de todos los Portland.
Los últimos disfraces imperiales.
La exacta nota que describe el fin.

Cómo debe ser la sintaxis de un árbol para pájaros.
Al primer disparo nos quedamos sin sus ramas.
Al primer estallido se borra la palabra.

No se queja del miedo.
Desconfía siempre de la luz distante.
O la traiciona para encubrir la muerte
o le arrebató la convicción de lo vivido.

No se queja del miedo.
La desconfianza resulta a veces un saldo positivo.

¿Qué haremos con los días de la herida?
Si demora en cerrar su nervadura.
¿Habrá un tiempo que nos guarde inocentes
cuando volvamos intactos del abismo?

A una ciudad la refleja un río.
El cielo traicionero se borra tras la neblina.
Barquera escucha a lo lejos las sirenas de las fábricas.
Es una ilusión el reflejo sobre el agua, pero no el silbido.

Hay deseos que nunca encuentran un puerto claro
donde anclar en medio de la espera.

Puede el horror ser el último bocado de la tierra,
pues escogió ser pájaro en flama.
Caerán misiles como dientes,
la espina del ceibo es su flor trucada.

Sin duda, prefiere del pájaro su canto
antes que pueda borrarse el último graznido.

De separarlo todo vive la muerte
para dejar en blanco unas cuentas no saldadas.
Como al descuido abandona un lienzo diminuto.
Simula que anda un poco distraída,
pero en su guadaña hay un resplandor y un nombre.
Mal destino para el que se engaña con el horizonte.

Una ingle amoratada, un ojo lagrimoso,
una espalda en jirones, vidrio en las rodillas.
Un vientre en espasmos recurrentes.
Cuerpos mórbidos inflamados, pústulas,
la sangre que se cuenta por toneles.
A cuotas de dolencias se paga el infortunio.
Vivir y vivir acostumbrados a penar.
Las formas heridas no regresan de la muerte.

Siempre habrá días de hormigón
en los que a todos cueste despertar.
Días violetas, polvo regado, como mares,
bolsillos vacíos, tinta seca, carbón mojado.

Hay que aprender a vivirlos, fieles.
No insistir en su dureza, aunque pesen.

Besar la arena para escuchar el rumor de lo que sigue vivo.
Ese gesto último frente a la rosa mustia.
Claudicados, ateridos, resignados, sordos ya.

Caen los odios como pétalos convulsos, palpitantes.
Antes, nada había.

Una daga también es una flor a punto de abrirse.
Su tallo orienta el estallido de la sangre en pétalos.
Un gemido sella el florecer.

En este caos que agota, Barquera ha tendido un manto.
Vale tan poco un recuerdo cuando tiritamos de vacío.
Temblar en lo blanco, la transparencia. Limpidez de cielo.
Lenta agonía de la opacidad, inútil forcejeo de huesos.
Se tiende a su merced, tal vez alguien se condueña.
Su destino no está escrito con plomo.

Pequeños monigotes vestidos, dentro de una cesta.
La tela de sus manos y sus caras dibuja ríos.
Cabellos de estambre, bocas de seda, zapatos de fieltro.
Sus mejillas del color de los duraznos maduros.
Listos para el juego salen a la carrera de la cesta manchada.

Los labios se tuercen, las manos se desprenden.
Los cabellos son un amasijo ensangrentado, no hay zapatos.

Todos difuntos caen de cabeza en la fosa común de tierra.
Se acaba el juego, el pájaro vuela en estampida.

Lumbre

Bajo los desperdicios no se hallan tesoros.
Los hombres deambulan buscando inútilmente.
Las mujeres perdieron la memoria.
En el fondo un edificio se cae a pedazos.
Hace tiempo ningún niño juega ni se escuchan risas.

Toda devastación dura su tiempo.
Hay una enorme sabana que llega hasta el cielo.

Barquera pega la boca a la arena como si fuera oreja.
Sueña que los pájaros traerán la lluvia.

Barquera consigue a la orilla un madero blanqueado
por el mucho sol y la lluvia con viento.
Lo arrastra bajo un árbol, con unas piedras lo acuña.
De memoria dibuja unas cebollas, frijoles y granadas.
No aprendió más y no hay colores para un banquete.
El hambre, y su procedencia desconocida, es calamidad
de otra tierra.

La cita de la lluvia sobre las plumas del pájaro.
Adormecido en la rama pugna con la vida.
Nada es como entonces, cuando trinaba en la luz.
Ahora que emprender la retirada es su destino.

Pero el pájaro es valiente y resiste otra noche sin abrigo.
Ayuda el recuerdo de un sol titilante como un cirio.
La vil amenaza del invierno promete también la primavera.

Hay muertes que llegan por correo.
Después nada, solo máscara.
Tachar un nombre y otro nombre en una agenda.
Intentar muchas veces olvidar una fecha.

Recorrer las calles de memoria
y no tropezar con rostros conocidos.
Comprar un boleto para el viaje
y esperar un turno, una llamada.

Cualquiera puede amar en ausencia.
Rendirse a lo tangible del abrazo.
Habitar desde lejos con la voz más nítida.
Una lámpara siempre guarda en el fondo un fulgor.

Hacia el olvido se va de prisa, entre sauces.
Apartando los hierbajos que van rajando las bayetas.
¿Quién puso aquí la indiferencia? Los hermanos no han vuelto.

Apenas por la tarde llega de lejos el silbido de un pájaro.
Tal vez engañen los años o el deseo de llegar ciegos al abismo.

Para disimular un temblor basta fingir que se agita
la mano flaca del adiós. La nada vendrá después.
Engañar con los gestos y la manera de moverse,
pero que no se note el miedo al desamparo.
Este poema contiene las palabras que dejó el olvido,
cuesta respirar mientras es escrito.

La muerte es una deuda que se paga a cuotas.
El orden por desgracia es siempre aventurado.
No vale pensar en consolarse y suplicar una venia.

Nada es más sombrío que la espera.
Hay pájaros que migran durante la noche y no vuelven.

Barquera tatúa el rastro de una piedra en su brazo.
Vierte arena caliente de río en sus párpados abiertos.
No se tiene piedad porque no supo de la misericordia.
La inocencia es imposible si no se conoce el paraíso.

Encontró un catalejo roto sobre la arena.
Imposible divisar el horizonte por si alguien vuelve.
Un abanico en costillas colgado a su muñeca.
A veces se confunde y cree ser Eurídice.

Tiembla de frío y es verano. Sería tan fácil enloquecer.
Todo aquí es inútil menos el silencio.

Barquera calcárea va junto al pájaro.
Cansada y blanda, marchita y agria.
Persiste la sequía en su contra.
Detiene sus pasos como puede.
Camina rota, opaca, gastada y muda.

Colgada a unas varas vino a secar lo ahogado.
A espantar con fuego el miedo y el misterio.
A acunar, a sufrir, a enmendar, a cerrar ojos.
Para cumplir esta tarea vive a su sombra.
Por eso rehúye la verdad que muestran los espejos.
Por eso se recuesta a ver pasar al tigre.

Es ahora cuando el viento aparece.
Había tardado días, mostrando su indolencia.
Al llegar pasa taciturno, lento, no hiere lo que toca.
Apenas roza lo que se dijo en voz baja.

Barquera no duda ante su abismo.
Sabe medir el viento, templar el ímpetu.
Ha padecido muertes más fecundas.
Cabe su dolor de sí en la pluma de un pájaro.

Es solo una silueta contra la tapia de piedra.
Un foco exalta la ruina para que duela más.
En la distancia la penumbra se disipa cabizbaja.
Si se acerca sentirá el abatimiento de la tarde.
Aunque reverbere a lo lejos una luz amarilla.

Barquera piensa que el tigre no ha pasado, se demora.
Un pañuelo, usado hasta borrarlo, se ata a la frente.
De un lugar remoto devuelve unas palabras.
La única soledad, la del olvido en los escombros de la casa.
La foto y su rajadura en el vidrio y la memoria.
El brillo de la fiesta de estación, los gritos, la alegría.
El ausente de la mesa y del resplandor de la tarde.
Los espejos empañados, los relojes detenidos.
Las ventanas clausuradas, las lámparas mortecinas.

Así se muere por desamparo a plena luz del día.

Cuerpo de pájaro, aleteo muerto. Irse en escombros.
Bajo el desamparo de quien no domesticó el vuelo
ni tradujo el canto.
Ojalá la muerte sea como este amanecer.

Cumplir esta condena de Sísifa.
Afligida por una culpa abierta, supurante.
Guardar la intimidad de los hermanos.
Archivar sus heridas por orden alfabético.
Carenar con engrudo lo inútil.
Taponear con engrudo lo que mancilla.

Los viajeros perdidos en ensueños de niebla.
El martirio señoorea por las aceras de argamasa.
Todo cadalso un mundo de abyectas felonías.
Basta escuchar las noticias apiladas en camiones.
En las plazas han sembrado cruces.
Cómo decir que el mundo y su desierto
arrasan cualquier brote que por transparente anime.

Se hunde la tierra y a lo lejos nada sobrevive.

Desesperada de doler, nada más te aguarda.
Hay una puerta, pero no una salida.
Hay una ventana, pero no se ve una calle, una senda.
El miedo, siempre el miedo y el abismo.

Alguna palabra habrá para entibiar el fecundo vaivén de la barca.

Zurce el cuero de un capote donde cabe exacta.
Tanta muerte esparcida y ella sin su cayado.
En un baldío arroja unas vísceras secas.

Saca una moneda del talego a su boca.

Entra en su propia barca y se echa a las aguas.
Un viaje a remo siempre es más lento.

De un machetazo Barquera abre una hendidura en el aire.
Sin haberlo previsto se cuela un poco de luz y de fe.
Como aleteo de pájaro herido se cumple su fugada.
Solo eso ocurrió antes del grito.

Índice

CUERPO

<i>Te llamaré Olivo, dijo el tigre.</i>	13
<i>Hay un deseo sigiloso sobre esta tierra dura.</i>	14
<i>Los pies sangran. Las manos tienen líneas diminutas.</i>	15
<i>Barquera tropieza con un olvido áspero.</i>	16
<i>Una lumbre de bestia orilla en lo seco.</i>	17
<i>Suplica muerte como quien pide agua.</i>	18
<i>Un nido de trapos tristes y de cáscaras secas.</i>	19
<i>Barquera oscurece lenta frente a la piedra.</i>	20
<i>No hay tiempo para fundar en otra parte.</i>	21
<i>Barquera hunde la cabeza en el remolino.</i>	22
<i>El trazo recompone las heridas, sella, cauteriza.</i>	23
<i>Hay un campo acostado al pie de este viaducto.</i>	24
<i>Hay rascacielos que vuelan en desbandada.</i>	25
<i>En el siglo donde todo lo imaginado sería posible</i>	26
<i>Algo avanza denso y constante. Se presiente.</i>	27
<i>La noche cuando es más noche se está quieta.</i>	28
<i>Sabe que nada ha de salvarla porque imposible</i>	29
<i>Lucha por estar lejos de su sombra.</i>	30
<i>Atravesar un túnel de soberbias y derrotas.</i>	31
<i>Hay días animales, días lluvia. Hay días silencio.</i>	32
<i>No hay cuerpo sin herida la palabra.</i>	33

QUEBRADO

<i>Salir del encierro del mar, de su borrasca a tientas.</i>	37
<i>Cuerpos quebrados expuestos a la luna</i>	38

<i>Los hermanos vinieron por la noche.</i>	39
<i>Hay días tan oscuros, tan infierno,</i>	40
<i>Barquera intenta coleccionar postales, la desidia.</i>	41
<i>Barquera se levanta a mirar los árboles de junio.</i>	42
<i>Los cuerpos asoleados no se conmueven.</i>	43
<i>El filo de la hoja relumbra antes de herir.</i>	44
<i>Cuerpos doblados hasta el miedo.</i>	45
<i>Cómo debe ser la sintaxis de un árbol para pájaros.</i>	46
<i>No se queja del miedo.</i>	47
<i>¿Qué haremos con los días de la herida?</i>	48
<i>A una ciudad la refleja un río.</i>	49
<i>Puede el horror ser el último bocado de la tierra,</i>	50
<i>De separarlo todo vive la muerte</i>	51
<i>Una ingre amoratada, un ojo lagrimoso,</i>	52
<i>Siempre habrá días de hormigón</i>	53
<i>Besar la arena para escuchar el rumor</i>	54
<i>Una daga también es una flor a punto de abrirse.</i>	55
<i>En este caos que agota, Barquera ha tendido un manto.</i>	56
<i>Pequeños monigotes vestidos, dentro de una cesta.</i>	57

LUMBRE

<i>Bajo los desperdicios no se hallan tesoros.</i>	61
<i>Barquera consigue a la orilla un madero blanqueado</i>	62
<i>La cita de la lluvia sobre las plumas del pájaro.</i>	63
<i>Hay muertes que llegan por correo.</i>	64
<i>Cualquiera puede amar en ausencia.</i>	65
<i>Hacia el olvido se va deprisa, entre sauces.</i>	66
<i>Para disimular un temblor basta fingir que se agita</i>	67
<i>La muerte es una deuda que se paga a cuotas.</i>	68
<i>Barquera tatúa el rastro de una piedra en su brazo.</i>	69
<i>Encontró un catalejo roto sobre la arena.</i>	70
<i>Barquera calcárea va junto al pájaro.</i>	71
<i>Colgada a unas varas vino a secar lo ahogado.</i>	72
<i>Es ahora cuando el viento aparece.</i>	73

<i>Barquera no duda ante su abismo.</i>	74
<i>Es solo una silueta contra la tapia de piedra.</i>	75
<i>Barquera piensa que el tigre no ha pasado, se demora.</i>	76
<i>Cuerpo de pájaro, aleteo muerto. Irse en escombros.</i>	77
<i>Cumplir esta condena de Sísifa.</i>	78
<i>Los viajeros perdidos en ensueños de niebla.</i>	79
<i>Desesperada de doler, nada más te aguarda.</i>	80
<i>Zurce el cuero de un capote donde cabe exacta.</i>	81
<i>De un machetazo Barquera abre una hendidura en el aire.</i>	82

Cuerpo quebrado lumbre

se imprimió en agosto de 2026
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, estado Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares

Fundada en 1968, MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA es la editorial más importante de Venezuela, con más de 3.500 títulos editados. El sello del Estado se ha caracterizado por su diversidad, amplitud de criterios y atención a los temas y tendencias estéticas e ideológicas de nuestro tiempo, orgullo cultural en Venezuela y América Latina.

Concebida desde su fundación en 1959 como un espacio de encuentro y diálogo, la institución cultural cubana CASA DE LAS AMÉRICAS es responsable de investigar, promover y difundir la producción artística y literaria del continente. Sus rasgos distintivos son el compromiso con la emancipación cultural, la vocación integradora y un espíritu descolonizador, atento a las realidades, voces y pensamientos de Nuestra América.



Si la madurez de un poeta se mide por el grado de economía que alcanza su lenguaje, en el caso de Esmeralda Torres estaríamos hablando de alguien que es capaz de comunicar un universo entero de significados con un limitadísimo inventario de palabras. *Cuerpo quebrado lumbré*, libro ganador del Premio Literario Casa de las Américas 2025, ejemplifica espléndidamente la capacidad de decir mucho con muy poco; esas escasas tres palabras se dispersan en un mar de simbolismos y connotaciones posibles. Esmeralda Torres comparte en este libro un original concepto de belleza fundado en un riguroso y personal uso del lenguaje.

COLECCIÓN LOS ESPACIOS CÁLIDOS

Inspirada en el libro homónimo de Vicente Gerbasi, LOS ESPACIOS CÁLIDOS es un punto de encuentro para la poesía, sus diversas voces, generaciones y tendencias. Se reúnen aquí autores que, con una larga trayectoria poética, enaltecen nuestra literatura.



Ministerio del Poder Popular para la

CULTURA



casa de las américas